

# **FRAGMENTOS SECUENCIA DIDÁCTICA: PONGÁMONOS EN LOS ZAPATOS DE LOS DEMÁS**

1. El pequeño ladrón de sombras. Marc Levy
2. Abraham entre bandidos. Tomás González
3. El libro de los americanos sin nombre. Cristina Henríquez
4. El curioso incidente del perro a medianoche. Mark Haddon

# MARC LEVY

## EL PEQUEÑO

## LADRÓN

## DE SOMBRAS



Ser el más pequeño de la clase significaba tener la responsabilidad de borrar la pizarra, de guardar las tizas, de amontonar las colchonetas en el gimnasio, de alinear las pelotas de baloncesto en el estante más alto —demasiado alto— y, lo peor de lo peor, de tener que posar solo, sentado en el suelo en primera fila, para la foto de clase; cuando estás en el colegio, la humillación no tiene límites.

Nada de todo eso habría tenido importancia si en mi clase de sexto C no hubiera estado también un tal Marquès, el terror del patio, mi opuesto absoluto.

Yo iba seis meses adelantado en el colegio —para inmensa alegría de mis padres—, y Marquès, en cambio, llevaba dos años de retraso, y a sus padres les traía sin cuidado. Mientras su hijo ocupara sus horas en el colegio, almorzara en el comedor y no se dejara ver por casa hasta la tarde, se daban por satisfechos.

Yo llevaba gafas; Marquès, en cambio, tenía una vista de lince. Yo medía diez centímetros menos que los demás niños de mi edad, y Marquès diez más, lo que creaba una diferencia de estatura considerable entre los dos. Yo detestaba el baloncesto; en cambio, a Marquès le bastaba con estirarse un poco para encestar la pelota. Yo disfrutaba con la poesía; él, con el deporte, que no es que ambas cosas sean incompatibles, pero poco les falta. A mí me gustaba observar los saltamontes en los troncos de los árboles; a Marquès le encantaba capturarlos para arrancarles las alas.

Y sin embargo teníamos dos puntos en común; bueno,

uno en realidad: ¡Élisabeth! Ambos estábamos enamorados de ella, y la chica no nos hacía ni caso a ninguno de los dos. Ello habría podido crear una especie de complicidad entre Marquès y yo, pero no, por desgracia se impuso la rivalidad.

Élisabeth no era la chica más guapa del colegio pero era, con diferencia, la que tenía más encanto, por esa manera tan suya de recogerse el pelo, entre otras cosas; sus gestos eran sencillos pero llenos de gracia, y su sonrisa bastaba para iluminar los días más tristes del otoño, cuando llueve sin parar y tus zapatos empapados hacen chof-chof sobre la acera, esos días en que las farolas iluminan la calle por la mañana y por la tarde, cuando vas y vuelves del colegio.

Ahí se encontraba mi infancia, desamparada, en esa pequeña ciudad de provincias, casi un pueblo, mientras yo aguardaba desesperadamente a que Élisabeth se dignara mirarme, a que el tiempo pasara, y, por fin, me hiciera mayor.

En el desván había también juguetes rotos, todos aquellos que no había podido volver a montar después de haber estudiado con atención cómo habían sido fabricados. Vamos, para resumir, que en medio de los trastos de mis padres me sentía en otro mundo, en uno a mi medida. Mi universo estaba en la casa, pero arriba, en el desván.

Heme aquí delante del ojo de buey, de pie, bien erguido, para ver aparecer la luna en el cielo; es luna llena, y su luz se posa sobre las tablillas del parquet del suelo del desván. Se ven incluso partículas de polvo en suspensión en el aire, todo ello dota al ambiente de una impresión de calma, este lugar es muy tranquilo. Esta tarde, antes de que volviera mamá, he ido al antiguo despacho de papá para buscar todo lo que pudiera leer sobre las sombras. La definición de la enciclopedia era un poco complicada, pero gracias a las ilustraciones he podido aprender un montón de trucos sobre cómo crearlas, desplazarlas u orientarlas. Mi estratagema debería funcionar en cuanto la luna estuviera en el eje. Acechaba ese momento con impaciencia, con la esperanza de hallarme en el lugar adecuado antes de que mamá terminara de ver su serie.

Por fin ocurrió lo que yo esperaba. Delante de mí vi estirarse la sombra sobre el parquet del desván. Carraspeé, me

armé de valor y afirmé con voz decidida aquello de lo que ya no me cabía ninguna duda.

—¡Tú no eres mi sombra!

No estoy loco, y reconozco que me llevé un susto de muerte cuando la oí contestarme en un susurro.

—Lo sé.

Siguió un silencio total. Al poco rato proseguí, con la boca seca y un nudo en la garganta.

—Eres la sombra de Marquès, ¿verdad?

—Sí —me susurró al oído.

Cuando la sombra me habla, es como cuando oyes música o una melodía resuena en tu cabeza; no hay ningún músico tocando, pero sin embargo oyes la canción de manera tan real como si hubiera una orquesta imaginaria tocando a tu lado. Es exactamente lo mismo.

—Te lo suplico, no se lo cuentes a nadie —me pidió la sombra.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué yo? —le pregunté, inquieto.

—Me he escapado, ¿no te has dado cuenta?

—¿Por qué te has escapado?

—¿Sabes lo que supone ser la sombra de un imbécil? Es insoportable, no puedo más. Cuando era pequeño ya era difícil, pero conforme va haciéndose mayor, lo aguanto cada vez menos. Las demás sombras, la tuya sobre todo, se burlan de mí. Si supieras la suerte que tiene tu sombra, y si supieras también lo arrogante que es conmigo... Y todo porque eres diferente.

—¿Que yo soy diferente?

—Olvida lo que acabo de decirte. Las demás sombras sostienen que no hay elección, se es la sombra de una sola per-

sona, y se es para siempre. Para tener mejor suerte, la persona tendría que cambiar. Con Marquès, puedo decirte ya mismo que no me espera un futuro muy bueno que digamos. ¿Te imaginas mi sorpresa cuando sentí que podía separarme de él, cuando tú te pusiste a su lado? Tienes un poder extraordinario, así que no me lo pensé dos veces, me dije: «Es ahora o nunca si quiero escapar.» Aproveché un poco mi estatura, eso de ser la sombra de Marquès tiene sus ventajas. Así que empujé a la tuya para ocupar su lugar.

—¿Y qué has hecho con mi sombra?

—¿Tú qué crees? A algo tenía que agarrarse, así que se fue con mi antiguo dueño. Ahora debe de estar que trina...

—Vaya faena le has hecho a mi sombra. Mañana mismo te devuelvo a Marquès y la recupero.

—Por favor, deja que me quede contigo. Me gustaría saber qué se siente al ser la sombra de una buena persona.

—¿Yo soy una buena persona?

—Puedes llegar a serlo.

—No, es imposible, no puedes quedarte conmigo. La gente finalmente se dará cuenta de que algo no cuadra.

—La gente no se fija en los demás, así que en las sombras ya ni te cuento... Además, está en mi naturaleza permanecer a la sombra, no hacerme notar. Con un poco de práctica y de complicidad, lo lograremos.

—Pero si mides el triple que yo...

—Eso no será siempre así, es sólo cuestión de tiempo. Digamos que, hasta que crezcas, tú también tendrás que ser discreto, permanecer en la sombra, literalmente, pero en cuanto lo hagas, yo misma te arrastraré a la luz. Piénsalo, es una gran ventaja tener la sombra de un tipo grandote. Sin mí,

nunca te habrías presentado a las elecciones a delegado de clase. ¿Quién crees que te dio seguridad en ti mismo?

—¿Fuiste tú quien me impulsó a presentarme?

—¿Quién si no? —confesó la sombra.

De pronto oí la voz de mi madre, desde el pie de la escalera que sube hasta el desván, preguntarme con quién demonios estaba hablando. Le contesté sin pensar que estaba hablando con mi sombra. Por supuesto, como es natural, me contestó que más me valía irme a la cama en lugar de decir tonterías. Los adultos no te creen nunca cuando les confías cosas importantes.

La sombra se encogió de hombros, me dio la impresión de que me comprendía. Me alejé del ojo de buey, y entonces desapareció.

Esa noche tuve un sueño muy extraño. Me iba de caza con mi padre y, aunque no me guste cazar, estaba contento de estar de nuevo con él. Yo lo seguía, pero él no se daba nunca la vuelta, y no podía ver su rostro. La idea de matar animales no me hacía ninguna gracia. Mi padre me enviaba de ojeador por campos inmensos en los que crecían altas matas de hierbas que el sol volvía de un color rojizo y que el viento hacía ondular suavemente. Tenía que avanzar dando palmas para ahuyentar a las tórtolas y obligarlas a levantar el vuelo, y entonces él les disparaba. Para impedir la matanza, yo caminaba lo más despacio posible. Cuando dejaba escapar un conejo, mi padre me tildaba de inútil y me decía que sólo servía para levantar presas que no valían la pena. Fue esa frase la que me hizo comprender que ese hombre no era mi

padre, sino el de Marquès. Me encontraba en el lugar de mi enemigo, y no era una sensación en absoluto agradable.

Por supuesto, era más alto y me sentía más fuerte que de costumbre, pero también profundamente triste, como si me hubiera invadido una pena muy honda.

Después de cazar fuimos a una casa que no era la mía. Yo estaba sentado a la mesa para cenar, el padre de Marquès leía el periódico, su madre veía la tele, nadie hablaba conmigo. En mi casa solíamos charlar mucho cuando estábamos en la mesa; cuando papá todavía vivía con nosotros, me preguntaba qué tal me había ido en el cole, y desde que él se había marchado, la que me preguntaba era mamá. Pero a los padres de Marquès les traía sin cuidado si su hijo había hecho los deberes o no. Podría haberme parecido genial, pero qué va, al contrario, y entonces entendí de dónde venía esa tristeza que me embargaba; aunque Marquès fuera mi enemigo, me daba lástima, me entristecía la indiferencia que reinaba en su casa.



–Luc, si tuvieras el poder de adivinar lo que piensa la gente, o más bien, lo que hace infeliz a la gente, ¿qué harías?

–Pero ¿de dónde te sacas esas cosas? Ese poder no existe.

–Ya lo sé, pero si existiera, ¿cómo lo utilizarías?

–No lo sé, no es un poder muy divertido que digamos, supongo que me daría miedo que las desgracias ajenas me salpicaran.

–¿No harías nada, entonces? ¿Te daría miedo y nada más?

–Cada fin de mes, cuando mis padres hacen las cuentas de la panadería, los veo preocupados, pero yo no puedo hacer nada, y eso me entristece. Así que si tuviera el poder de adivinar las desgracias de todo el mundo, sería horrible.

–¿Y si pudieras cambiar las cosas?

–Pues imagino que lo haría. Bueno, mira, ese poder del que hablas me da mal rollo, así que volvamos a lo de las elecciones, vamos a pensar juntos un plan de acción.

Mamá se había quedado dormida, así que subí un poco el volumen del televisor para comprobar que de verdad estaba profundamente dormida. Había tenido otro de esos días agotadores. Me desanimaba mucho verla así. Razón de más para no despertarla. Bajé el volumen y subí al desván sin hacer ruido. Pronto la luna estaría justo en el eje del ojo de buey.

Tal y como había procedido la última vez, me puse bien derecho, de espaldas al cristal, con los puños cerrados. El corazón me latía a ciento diez pulsaciones por minuto, consecuencia directa del miedo que sentía.

A las diez en punto apareció la sombra, primero muy fina, apenas más gruesa que si la hubiera trazado con un lápiz sobre el suelo del desván, y luego fue creciendo. Estaba petrificado, me habría gustado hacer algo, pero no conseguía ni mover los dedos. Mi sombra debería haber estado tan inmóvil como yo, pero levantó los brazos, mientras que yo mantenía los míos pegados al cuerpo. La cabeza de la sombra se inclinó primero a la derecha, luego a la izquierda, después se puso de perfil y, por asombroso que pueda parecer, me sacó la lengua.

¡Sí! Se puede tener miedo y reírse a la vez, no es incompatible. La sombra se estiró a mis pies y se deformó sobre las cajas de cartón que ocupaban el desván. Se escabullía entre las maletas y posó la mano sobre una caja, exactamente como si estuviera apoyándose.

–¿De quién eres? –balbuceé yo.

–Pues ¿de quién voy a ser? Tuya, soy tu sombra.

–¡Demuéstrame!

—Abre esta caja y tú mismo lo verás. Tengo un regalito para ti.

Avancé tres pasos, y la sombra se apartó.

—La de arriba no, ésa ya la has abierto. Coge la que está debajo.

Hice lo que me decía. Dejé en el suelo la primera caja y abrí la tapa de la que se encontraba debajo. Estaba llena de fotografías, nunca las había visto antes, fotos mías del día en que nací. Parecía un gran pepinillo arrugado, pero menos verde y con ojos. No resultaba muy fotogénico, y el regalo no me parecía muy interesante que digamos.

—¡Mira la foto siguiente! —insistió mi sombra.

Mi padre me sostenía en brazos, muy cerca de su corazón, me miraba a los ojos y sonreía como nunca lo he visto sonreír. Me acerqué al ojo de buey para ver su cara desde más cerca. Había tanta luz en su mirada como el día de su boda.

—¿Ves? —murmuró mi sombra—. Te quiso desde los primeros instantes de tu vida. Quizá nunca encontró las palabras para decírtelo, pero esta foto vale tanto como todas las frases bonitas que te habría gustado oír.

Seguí mirando la foto, verme en brazos de mi padre me llenaba de felicidad. Me la guardé en el bolsillo del pijama para no separarme de ella.

—Ahora siéntate, tenemos que hablar —me ordenó la sombra.

Me acomodé en el suelo, con las piernas cruzadas. La sombra se sentó en la misma postura, delante de mí; me parecía que me daba la espalda, pero era sólo el efecto de un rayo de luna.

—Tienes un poder al alcance de muy pocos, es tu deber aceptarlo y utilizarlo, aunque te dé miedo.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Estás feliz de haber visto esta foto, ¿no?

No sé si «feliz» era la palabra adecuada, pero esa foto de papá abrazándome me tranquilizaba mucho. Me encogí de hombros. Me dije que si no había dado señales de vida desde que se había marchado era porque no había podido. Tanto amor no podía desaparecer en unos pocos meses. A la fuerza todavía tenía que quedarle un poco.

—De eso se trata exactamente —dijo la sombra, como si me hubiera leído el pensamiento—. Encuentra, para cada persona a la que le robes la sombra, la lucecita que ilumine su vida, un fragmento de su memoria oculta; no te pedimos más.

—¿Quiénes, quiénes no me pedís más?

—Nosotras, las sombras —murmuró aquella con la que estaba hablando.

—¿Eres mi sombra de verdad? —le pregunté.

—La tuya, la de Yves, la de Luc o la de Marquès, qué más da, digamos que soy la delegada de la clase.

Sonreí, entendía muy bien a qué se refería.

Sentí una mano sobre mi hombro y solté un grito. Me volví y vi el rostro de mi madre.

# **FRAGMENTO 1. LIBRO ABRAHAM ENTRE BANDIDOS**

**PERSPECTIVA DE SUSANA**



## **Sinopsis del libro *Abraham entre Bandidos* de Tomás González (2010)**

Año 1954. A Abraham lo esperan en su casa. Enrique Medina (alias Pavor), un reconocido bandolero que fue su compañero de primaria, ha decidido llevárselo a la fuerza para el monte. La Guerra es la misma que había años antes y que habrá años después. Mientras Abraham y su amigo Saúl aguardan –a veces impacientes, a veces estoicos– el final de una marcha que parece infinita, en la ciudad, Susana, esposa de Abraham, cuenta las historias que componen la otra cara de la moneda: la de más de cincuenta años de una vida familiar que nunca ha estado del todo ajena al conflicto. En el monte, víctimas y victimarios entretejen sus vidas y descubren que los enemigos se convierten en cómplices cuando se comparte una misma miseria.

### **Personajes para leer el fragmento:**

Susana: esposa de Abraham

Abraham: esposo de Susana. Al inicio del libro se lo llevan a la fuerza al monte junto con su amigo Saúl.

Judith: hija de Susana y Abraham. La más grande de las hijas.

José: hijo de Susana y Abraham. Segundo hijo.

Pavor: el bandolero que se llevó a la fuerza a Abraham y Saúl al monte

Saúl: amigo de Abraham

Vicente: hijo de Susana y Abraham. Tiene síndrome de Down. El mayor de los hijos

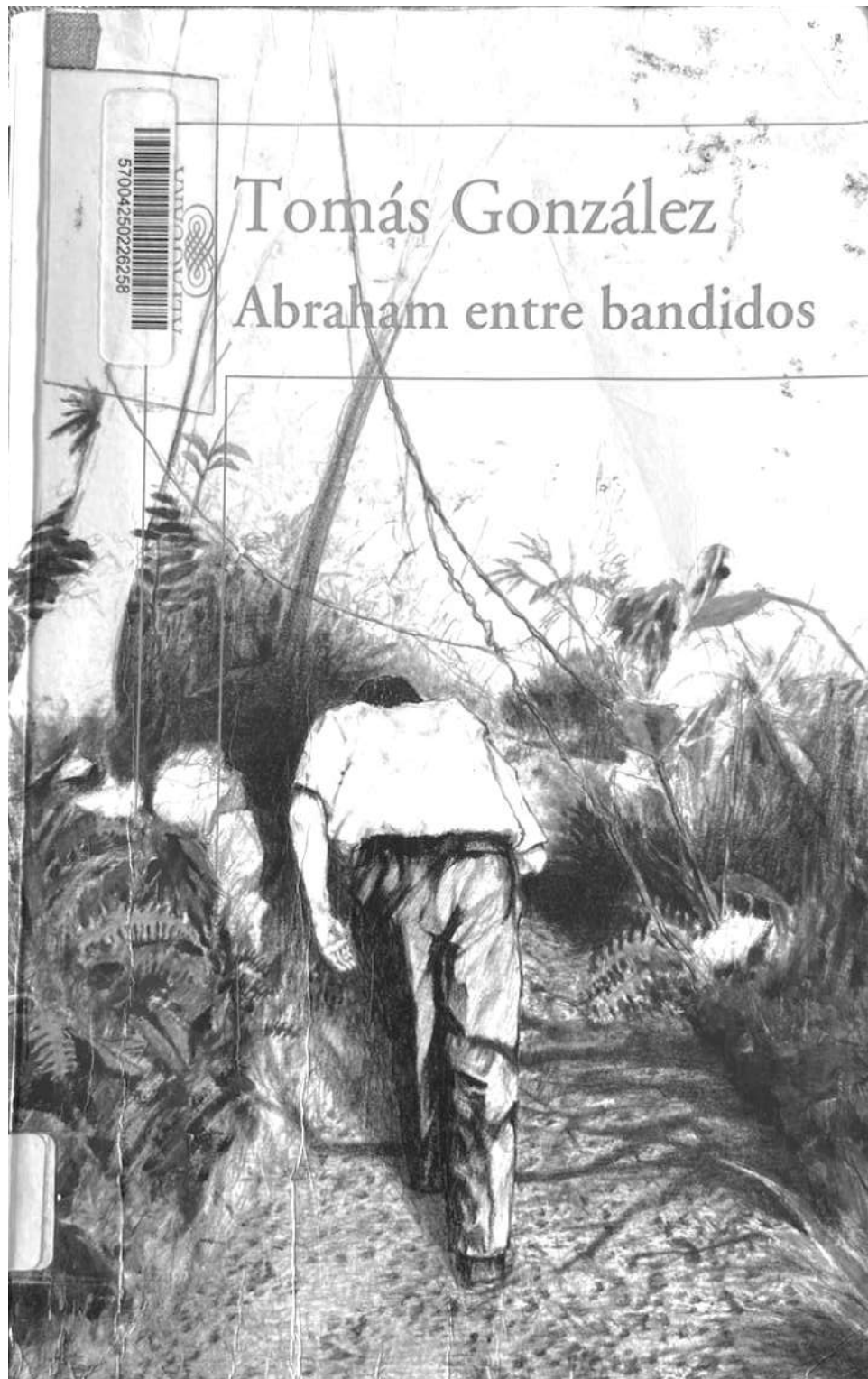
Ramón: hijo de Saúl y Amelia.

Amelia: esposa de Saúl.

Fernando: hijo de Abraham

### **Guías para seguir la lectura:**

1. Identificar sentimientos/emociones de Susana durante todo su relato
2. Al finalizar la lectura discutir las percepciones que tienen sobre el personaje de Susana
  - a. ¿Cómo se comporta?
  - b. ¿Cómo podrían describir su personalidad?



## VI.

El día siguiente Susana salió temprano con Judith y José, esta vez para la morgue municipal, adonde había llegado el grupo de cadáveres de las personas asesinadas por la pandilla de Pavor en la vereda La Polonia, a tres horas de la finca de Abraham.

Llevaban el alma en vilo. César, el joven forense, muy amigo de José, se había presentado poco después del amanecer en la casa y les había dicho que mejor se pasaran por allá, pues había alguien que podría ser don Abraham. Y aunque César no creía que lo fuera, tampoco estaba ciento por ciento seguro de lo contrario, pues lo habían desfigurado demasiado, dijo, y lo mejor, en fin, era que ellos mismos fueran y lo reconocieran.

Caminaron los tres en silencio hasta la morgue, que quedaba a seis cuadras de la casa. Allí se encontraron con Ramón, el hijo de Saúl.

*«Nadie que no lo haya vivido puede imaginarse lo que es pasar por eso», dice Susana. «Uno mirando un montón de gente vuelta un desastre, esperando que el próximo bulto desnaturalizado vaya a tener la camisa de Abraham, las medias, los zapatos. Ay, Dios, ¿qué es esto?, pensaba yo cuando pasaba de un horror al otro. Había ancianos, había niños. Había una muchacha con una herida de machete en el cuello, de ojos negros grandes que debieron de ser muy brillantes, pero que ahora eran opacos y conservaban el mucho maquillaje que había usado. Te digo... No entiende uno, no entiende. ¡Tanta...! ¿Para qué hacen...? ¡Dios, Dios!»*

Recordando lo que había visto hacía cuarenta años, Susana se queda un momento en silencio. Saca un pañuelo de la manga y se enjuga las dos lágrimas. Tiene ochenta y un años y aún es muy dinámica, aunque se ha reducido de tamaño. Vicente tiene sesenta y uno, quince más de lo que los médicos consideraban probable, pero ya su salud está muy deteriorada.

*«Ya... Poco a poco todo pasa. ¡Si no fuera porque a uno se le va olvidando...! El olor, Dios mío. Toda esa gente macheteada y chamuscada. Cuando salimos estábamos los tres pálidos y con las piernas flojas. No era Abraham, a Dios gracias. Este muchacho César nos llevó a una cafetería cerca, a que nos repusiéramos y comiéramos algo. Pero ¡qué íbamos a querer comer! Un café, a duras penas, y eso fue todo...»*

César, cinco años mayor que José, había trabajado en la morgue desde antes de graduarse. La segunda ola de muertes comenzó cuando estaba terminando la carrera, dice Susana, y no había tenido tiempo ni de pensar en hacer otra cosa. A ella le caía bien, porque era honrado y decente; pero también bohemio, demasiado, y era con él que José muchas veces se iba a beber y seguramente a esas casas de prostitución que a César tanto le gustaban.

Fue durante las primeras vacaciones después de comenzar la universidad, dice Susana, que José empezó a llegar con tragos y muy tarde en las noches. Ella se preocupó y sintió tristeza en ese momento, pero sólo a Judith pudo decírselo, pues Abraham con toda seguridad hubiera considerado más preocupante que un muchacho de esa edad no tomara. Con las amigas Susana prefirió no comentarlo, pues era algo que sólo a la familia concernía. Y para pedirles consejo a sus hermanas habría tenido

que explicar por teléfono, gritando, porque la comunicación era siempre muy mala, un problema que quizás no había, que tal vez se había inventado. Ellas, en todo caso, habrían entendido su preocupación, pues eran también muchas las muertes en la ciudad donde vivían.

—Pero si él ya casi se vuelve a ir, mamá —dijo Judith—. Y más seguro que en la universidad no puede estar.

*«A veces José se trasnochaba tomando cerveza y jugando billar. Otras, salía con César, como te digo. Y como tampoco llegaba a la casa caído de la borrachera, yo fui la primera en notarlo. Lo sentía a las dos o tres de la mañana abrir el portón pasito y recorrer el corredor hasta su cuarto, sin dar un solo traspie. Era en eso que se le notaba; pues nadie camina con tanta maña a esa hora a no ser que se lo proponga; y nadie se propone caminar a la perfección a las tres de la mañana a no ser que esté borracho.*

*»Al otro día se levantaba un poco más tarde que de costumbre y salía a hacer su gimnasia al solar. Yo le sentía el fermento de alcohol en el sudor cuando pasaba al lado mío camino de la ducha, pero no le hacía reproches. Otra le hubiera dicho que estos no eran tiempos de andar bebido por las calles a altas horas de la noche; que podían confundirlo con otro, caerle mal a alguno o algo. Yo no. ¿Para qué? Al fin y al cabo él conocía muy bien lo que estaba pasando aquí, pensaba yo, y a esa edad es cuando se ponen románticos, empiezan a beber y todo eso. ¡Y a quién le iba a caer mal José, por Dios, que era tan sereno!»*

Susana, José, Judith y Ramón caminaron de regreso de la morgue municipal como si les hubieran quitado un horrendo peso de encima. Susana no quería alegrarse de que los muertos fueran otros, pues el dolor y el horror eran los mismos, pero no podía evitarlo.

—No, queridas, no. Gracias a Dios —les dijo a Amelia y a sus hijas, que no habían tenido la presencia de ánimo para ir a la morgue y esperaban en el portón, ansiosas. También salieron a la calle sus hermanas, que habían llegado hacía un momento de la estación de buses. Susana se descompuso al abrazarlas y lloró a voz en grito, cosa que nunca antes en su vida había hecho, pero se recobró pronto (no quiso recostarse) y se dedicó a organizar los asuntos de la casa.

*«La llegada de mis hermanas fue para mí una bendición», recuerda Susana. «Todos esos días horribles estuvieron conmigo, acompañándome y colaborándome en todo; pero como ya no cabíamos en la casa, se iban a dormir donde Judith, la mayor de mis hijas mujeres, que vivía como a cuatro cuadras, por el lado de los bomberos. Allá vive todavía.»*

Susana se acomoda bien el chal sobre los hombros. En la zona cafetera cuando llega el atardecer empieza el frío. Susana vive con Vicente en un apartamento de tercer piso, con vista a un parque y sus ceibas y, atrás, a la iglesia de Santa Ana, blanca como el azúcar y de cúpulas color yema. Casi nunca van a misa, pero a los dos les gusta el sonido de las campanas.

*«La de Judith es una casa también de las viejas, como era la mía, de tapia y tejas de barro, con solar grande, donde mantiene muchos animales. Ella sólo tuvo tres niños: Alcibiades, que adoptó cuando pensó que no podía tener hijos, y después tuvo a Sara y a Sofía. Judith ha sido mi brazo derecho para todo y ha cuidado a Vicente tanto como yo en los muchos achaques de una vida que gracias a Dios ha sido larga...»*

*»Aparte de haber cometido el disparate de casarse tan joven, ella ha sido siempre bastante cuerda. Se casó*

*con Darío, totalmente contra mi parecer. Miguel Ángel, el papá, tenía una trilladora y de él se decía que era de los que financiaba en secreto a las cuadrillas de asesinos y que compraba fincas baratas y café robado, cosa que a nadie le constaba: si me opuse al matrimonio no había sido tanto porque el papá de él financiara a los bandidos, que no era cierto, sino porque ella apenas acababa de cumplir dieciséis años y él, si acaso, dieciocho.»*

Cuando los hijos menores hablaban de Judith con los amigos, la nombraban orgullosos como La Casada. Ni Abraham ni José ni Fernando se opusieron al matrimonio, dice Susana. Abraham no alcanzaba a ver, por más esfuerzo que hiciera, lo que había de malo en todo el asunto; y José y Fernando habían conocido a Darío en el colegio y sabían que era un muchacho correcto y no tenía nada del conservadurismo de Miguel Ángel, el papá, ni de esa como brutalidad y esa codicia. Los demás hijos, agrega Susana, no estaban en edad de opinar sobre aquellos asuntos.

*«Judith es de ojos claros, como eran los de Abraham. Se parece a él en que se la ve siempre contenta. De mi mamá heredó la manía de recibir animales maltratados o desamparados. Después de un año escaso de matrimonio ya había adoptado dos perros, uno sin una pata delantera y otro con una cicatriz larga en el lomo, que le habían hecho con aceite hirviendo. Y en el patio de atrás de su casa, grande y con árboles frutales, ha tenido siempre gallinas que dejan de poner y se mueren de viejas, pájaros entablillados y loras con azul de metileno en las colas ruñidas.»*

*»Con Judith y Fernando fuimos después de la morgue al Batallón, pasado el mediodía. Esta vez nos acompañaron Amelia, Ramoncito y las hijas. No había novedad. Amelia dejó ver toda su soberbia, y al pobre coronel se lo*



*veía casi incómodo. Ni Sissy Emperatriz, mejor dicho. Y como es bonita como las hijas, que tampoco son muy sencillas que digamos, pues al señor no le quedaba más remedio que sonreírse como un perrito. Y tan entretenida estuve yo con todo eso que hasta me olvidaba por momentos del pobre Abraham, que quién sabe cómo estaría en ese mismo momento. En fin. Los del ejército seguían pensando que se los habían llevado para las montañas de Pijao o Montenegro, pero no habían logrado encontrar pistas firmes y no tenían manera de saber si estaban vivos o muertos ni lo que había pasado con ellos.»*



# **FRAGMENTO 2. LIBRO ABRAHAM ENTRE BANDIDOS**

**PERSPECTIVA DE SUSANA**

## **Sinopsis del libro *Abraham entre Bandidos* de Tomás González (2010)**

Año 1954. A Abraham lo esperan en su casa. Enrique Medina (alias pavor/sietecueros), un reconocido bandolero que fue su compañero de primaria, ha decidido llevárselo a la fuerza para el monte. La Guerra es la misma que había años antes y que habrá años después. Mientras Abraham y su amigo Saúl aguardan –a veces impacientes, a veces estoicos– el final de una marcha que parece infinita, en la ciudad, Susana, esposa de Abraham, cuenta las historias que componen la otra cara de la moneda: la de más de cincuenta años de una vida familiar que nunca ha estado del todo ajena al conflicto. En el monte, víctimas y victimarios entretejen sus vidas y descubren que los enemigos se convierten en cómplices cuando se comparte una misma miseria.

### **Personajes para leer el fragmento:**

Susana: esposa de Abraham. 81 años.

Abraham: esposo de Susana. Al inicio del libro se lo llevan a la fuerza al monte junto con su amigo Saúl.

Judith: hija de Susana y Abraham. La más grande de las hijas.

José: hijo de Susana y Abraham. Segundo hijo.

Ramón: hijo de Saúl y Amelia

Amelia: esposa de Saúl.

Milena: hija de Amelia y Saúl.

Siete cueros: el bandolero que se llevó a la fuerza a Abraham y Saúl al monte. También conocido como Pavor.

Saúl: amigo de Abraham

Ana: hija de Abraham y Susana

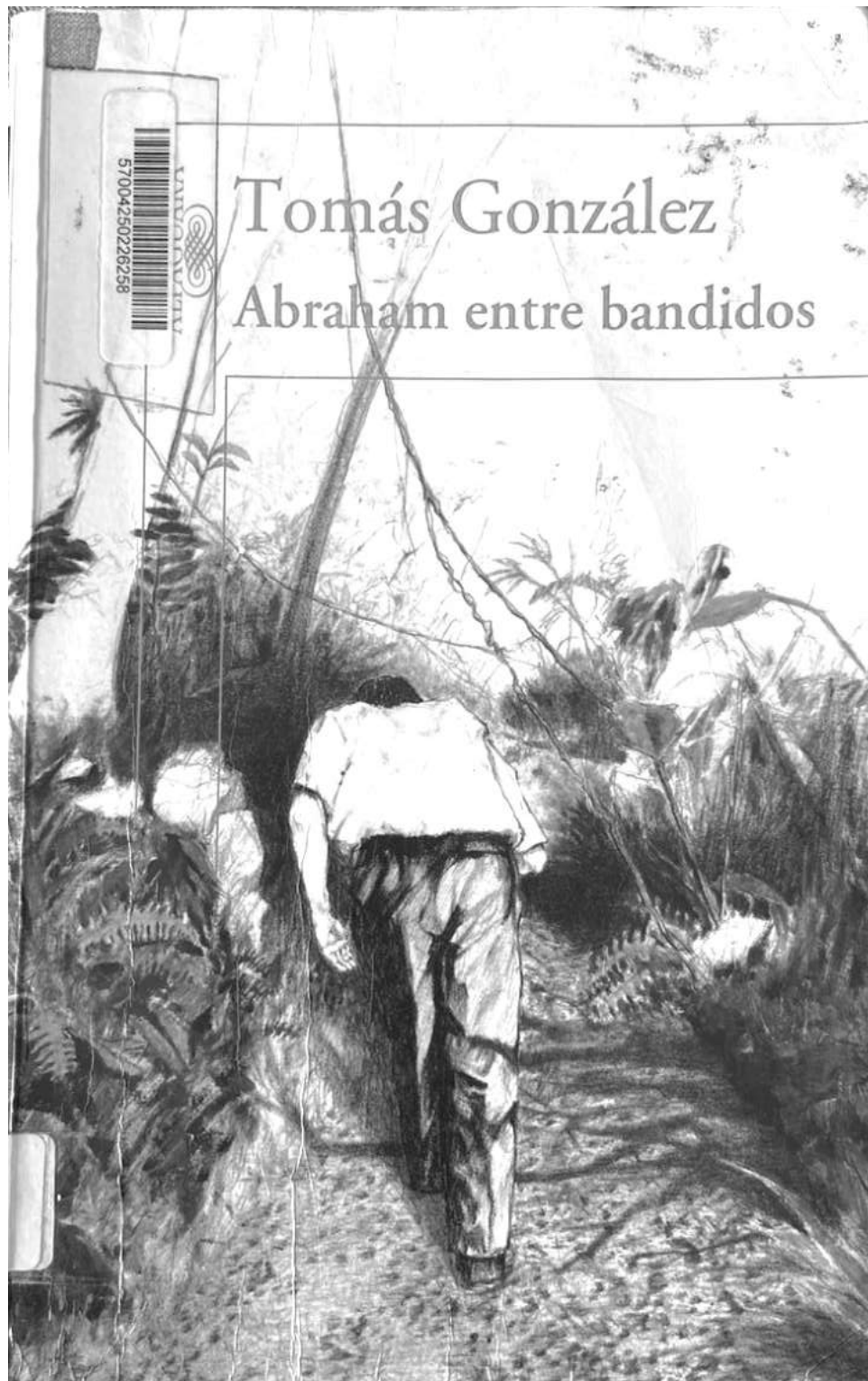
Fernando: hijo de Abraham. 57 años

Vicente: hijo de Susana y Abraham. Tiene síndrome de Down. El mayor de los hijos. 61 años.

Darío: esposo de Judith.

### **Guías para seguir la lectura:**

1. Identificar sentimientos/emociones de Susana durante todo su relato
2. Al finalizar la lectura discutir las percepciones que tienen sobre el personaje de Susana
  - a. ¿Cómo se comporta?
  - b. ¿Cómo podrían describir su personalidad?



# Tomás González

## Abraham entre bandidos

La mañana del martes, Judith, Susana y José salieron otra vez para el Batallón como si llevaran tres años, no tres días, haciéndolo. En la entrada se encontraron con Ramón, Amelia y las hijas. Un subalterno del coronel Mondragón los llevó a un salón donde había algunas sillas. Esperaron diez minutos y apareció el subalterno con un mapa en un trípode; lo puso al frente y, después de otro rato, Mondragón hizo su aparición, pavoneándose un poco, pensó José, pues ya sabía que Milena estaba presente.

—Buenos días, damas y caballeros.

La presencia de Milena había hecho que el lenguaje del coronel se hiciera mucho más técnico, mucho más profesional e imparcial de lo que había sido los días anteriores. El trípode y el mapa seguramente eran en su honor.

—Ayer en horas de la mañana iniciamos el operativo de rastreo y búsqueda con unidades tanto terrestres como aéreas —dijo el militar, con una vara en la mano, al lado del mapa—. Se obtuvieron resultados positivos y a las veintidós horas del día lunes se logró la detección de la banda de facinerosos del llamado Siete-cueros. Pero debido al mal tiempo y a las condiciones del terreno, les perdimos nuevamente la pista a los bandidos.

El agua de colonia del coronel saturaba el salón. Ni alto ni bajito, ojos claros, delgado, pero ancho de

ilfaco, es decir, caderón, el militar se dirigía a cada uno de ellos por turnos, pero se detenía un poco más en Milena.

—Por informes obtenidos de la población, hemos concluido que los dos civiles hasta ayer se hallaban con vida. Si bien creemos que permanecen en la misma región, los últimos intentos de ubicarlos han resultado infructuosos —dijo y bebió agua—. ¿Preguntas hasta ahora?... José, ¿preguntas? ¿Doña Susana?

¿En qué estaban? Ah, sí, Milena. Cuando ella fue al baño, el coronel Mondragón detuvo todo y fingió leer unos papeles hasta que regresó. «O sea, coronel, que estamos igual que hace dos días», dijo Susana. El militar señaló el mapa de las montañas. «Voy a indicarles el recorrido que, según inteligencia militar, han seguido los bandidos del llamado Pavor.» Y mientras Marta, la otra hija de Saúl y Amelia, buscaba en el bolso las gruesas gafas que por vanidad casi nunca se ponía, el coronel mencionaba una serie de nombres, La Esperanza, Palo Blanco, Villa Rodas..., y tocaba en el mapa una sucesión de puntos. De modo que, sin aceptar que estaban igual que hacía tres días, repetía la información que ya les había dado, pero con más pompa todavía y usando la vara de señalar y otras palabras.

*«Era como si para Abraham no existiera nadie malo ni ocurriera nunca nada tan espantoso que no hubiera manera de sacarle el cuerpo. Y siempre todos tan contentos. Recuerdo aquella vez, cuando los más chiquitos llegaron aterrados después de ver acuchillar a un señor en la almojabanería de Luciano. Abraham les recibió la bolsa de buñuelos que habían ido a traer y fue él mismo hasta la cocina y batió con fuerza el chocolate, para que les quedara muy espumoso. Ana, que era más grandecita, no comió nada, claro, pero a los otros él los distrajo con chistes*

y enredos, y al momento no se acordaban de nada. A ella, en cambio, le quedó para siempre la imagen del hombre de ruana muerto en el piso: en una mano, cuenta Ana, el revólver con el que no alcanzó a defenderse, y en la otra, la bolsa llena de almojábanas calientes.»

El negocio de Luciano quedaba a tres cuerdas de la casa de Susana, no por donde Lurdes, sino del lado sur, y vendía lo que para muchos eran las mejores almojábanas y los mejores chorizos del mundo. Allí llegaban automóviles con hombres de otros pueblos, a los que a veces se les veían los bultos de las pistolas que llevaban debajo de las camisas. Y la gente los miraba subirse a los automóviles, con sus grandes bolsas de almojábanas, y volver a irse. El sitio se llamaba Almojabanería y Choricería la Esquina del Cielo, nombre que con el tiempo la gente redujo a El Cielo. Cuando la inauguraron, Fernando, muy amigo de los hijos de Luciano, quiso saber por qué no la habían puesto más bien *Almojabanería, Buñuelería, Choricería y Venta de Jugos Naturales, Bebidas Gaseosas, Café Tinto y Café con Leche la Gran Esquina del Infinito Cielo*.

—Sí que hablás babosadas —dijo enojado Luciano, que no era famoso por su sentido del humor.

Por los días en que los bandidos se llevaron a Abraham, Fernando acababa de empezar el sexto grado de bachillerato y estaba tratando de decidir el camino que iba a tomar en la vida. Que estaba en eso nadie habría podido saberlo, ni siquiera sus hermanos, pues aunque hablador, imponía a sus asuntos una reserva difícil de traspasar o irrespetar. Si Susana le preguntaba lo que pensaba hacer apenas se graduara, contestaba que se iba a ir de misionero o que iba a poner un gallinero. Y al que se interesara en saber adónde se iba tan perfu-

mado cada viernes, cuando se bañaba ya casi de noche, se ponía la mejor camisa y salía de la casa envuelto en agua de colonia, le respondía que iba a hacer la primera comunión, pero que ya volvía.

«Cuando terminó bachillerato, Fernando decidió no ir a la universidad y montar ni más ni menos que un gallinero. Una granja avícola, mejor dicho, como los habían empezado a llamar en esos días. Fue un golpe para mí, pues sabía que él tenía talento para cosas de mucha más envergadura. Y así se lo dije. Fernando contestó que en vez de amargarme debería estar agradecida de que no se hubiera ido de misionero al Amazonas, a que se lo jugaran al tute las pirañas. “No me contentás con chistecitos”, le dije.»

Susana hace una pausa. Empiezan a sonar las campanas de la iglesia, y Vicente, que había estado durmiendo frente al televisor en un sillón reclinable y con plataforma para los pies, regalo de Ana, mira a Susana y sonrío. En la pared, arriba de la televisión, están la foto de la boda de Abraham y Susana, y las de los hijos y los nietos. El sol entra por la ventana y llena de luz un helecho frondoso, plantado en una matera cilíndrica de barro. Suenan once veces las campanas. Todo en el apartamento es limpio y armonioso, e incluso el feo y cómodo sillón, que Susana aceptó sólo por darle el gusto a Vicente (se antojó de él por una publicidad de televisión), se ha integrado a la estética de objetos y luz que desde siempre ha sabido formar Susana a su alrededor.

—Las once —dice Vicente.

Al quedarse sola con Vicente, Susana decidió vender la casa en la que habían nacido todos sus hijos, que, además de difícil de mantener, por lo grande y antigua, se había hecho insegura, especialmente ahora, cuando a las muertes por política se había sumado la pla-



ga de la delincuencia común. La casa había perdido, además, mucha de su gracia después de que tumbaron la que había sido de Lurdes y levantaron un edificio de ocho pisos, que enfriaba y oscurecía los cuartos y le daba sombra al solar, donde los naranjos empezaron a ponerse ralos y a dar frutas ácidas. Dejaron sin repellar la pared de atrás del edificio, que daba al solar, y, a lo alto de los ocho pisos, y muy resaltados y bien dibujados contra el cielo azul, se veían los ladrillos y los pringosos pegotes de cemento.

*«Fernando es el tercero de mis hijos hombres. Él es bastante alto y no tan buenmozo como era José. En el colegio los muchachos alguna vez habían tenido la idea de ponerle apodo, un sobrenombre bobo, jirafa, o algo parecido. Mala idea resultó ser, pues era menos parsimonioso de lo que parecía, como se dieron bien cuenta los primeros dos o tres compañeritos que trataron de hacer prosperar el sobrenombre y terminaron con las narices reventadas. Aquí me vinieron a poner las quejas, pero yo no les hice caso. ¡Quién los había mandado a meterse con él! “Oíste”, le dijo un día Judith. “Las muchachas de donde Darío dicen que sos feo, pero que de los feos que son bonitos.” “¿Sí que te gusta molestar a vos, no?”, contestó Fernando, haciéndose el ofendido, aunque se le veía la satisfacción saliéndole hasta por las orejas.»*

Por la aparente seriedad y la calvicie, Fernando parece el mayor de los hermanos. En la granja avícola tiene las oficinas, y vive en un pequeño apartamento cerca del coliseo cubierto. Tiene cincuenta y siete años y no da señales de querer casarse, dice Susana. Sus relaciones sentimentales, que han despertado siempre mucho interés en la familia, siguen manteniéndose en completo secreto. Cada cierto tiempo hace viajes de los que a veces

se conoce el destino, Leticia, por ejemplo, o San Andrés, pero no su propósito y mucho menos la identidad de la persona que tal vez lo esté acompañando.

Abraham le tenía un cariño especial a Fernando, dice Susana, tal vez por el hecho mismo de que siempre lo había desconcertado. A José sabía bien dónde dejaba de entenderlo: en el gusto por las matemáticas o por los libros de esos filósofos y poetas chinos —a los que incluso había hecho dos o tres intentos por leer—, y dónde seguía acompañándolo: en la afición por el licor y la compañía del prójimo. Pero con Fernando no tenía cómo orientarse, pues poco o nada bebía y, aunque era hablador y afectuoso, se metía a veces en un mundo suyo aparte, al que Abraham no lograba llegar.

*«Y a Fernando, claro, que había vivido siempre tan pendiente del papá, lo vi sufrir durante los días espantosos que pasamos por lo de los monstruos esos. Pero no sólo a él, como ya te podrás imaginar. Después de cinco días estábamos todos demacrados. A Fernando se le empezó a ver huesuda la cara, que ya de por sí la tiene como larga, y Vicente a ratos se quedaba muy callado. Todos dormíamos mal y yo alcanzaba a oír a los grandes hablar en la sala, muy tarde en la noche, en voz muy baja, para no despertarme.»*

# **FRAGMENTO 3. LIBRO ABRAHAM ENTRE BANDIDOS**

**PERSPECTIVA DE ABRAHAM**

## **Sinopsis del libro *Abraham entre Bandidos* de Tomás González (2010)**

Año 1954. A Abraham lo esperan en su casa. Enrique Medina (alias Pavor), un reconocido bandolero que fue su compañero de primaria, ha decidido llevárselo a la fuerza para el monte. La Guerra es la misma que había años antes y que habrá años después. Mientras Abraham y su amigo Saúl aguardan –a veces impacientes, a veces estoicos– el final de una marcha que parece infinita, en la ciudad, Susana, esposa de Abraham, cuenta las historias que componen la otra cara de la moneda: la de más de cincuenta años de una vida familiar que nunca ha estado del todo ajena al conflicto. En el monte, víctimas y victimarios entretrejen sus vidas y descubren que los enemigos se convierten en cómplices cuando se comparte una misma miseria.

### **Personajes para leer el fragmento:**

Abraham: esposo de Susana. Al inicio del libro se lo llevan a la fuerza al monte junto con su amigo Saúl.

Saúl/trompevaca: amigo de Abraham

Susana: esposa de Abraham

Vicente: hijo de Susana y Abraham. Tiene síndrome de Down. El mayor de los hijos

Pavor/Enrique Medina: el bandolero que se llevó a la fuerza a Abraham y Saúl al monte. Jefe del grupo.

Bandolerito/niño/ Piojo: bandolero del grupo de Pavor. Joven.

Trescuchillos/Flavio: bandolero del grupo de Pavor.

Vladimir: bandolero del grupo de Pavor.

Puntudo: bandolero del grupo de Pavor.

Hiena: enemigo de Pavor.

Tiberio Salazar: conocido de Abraham y Saúl.

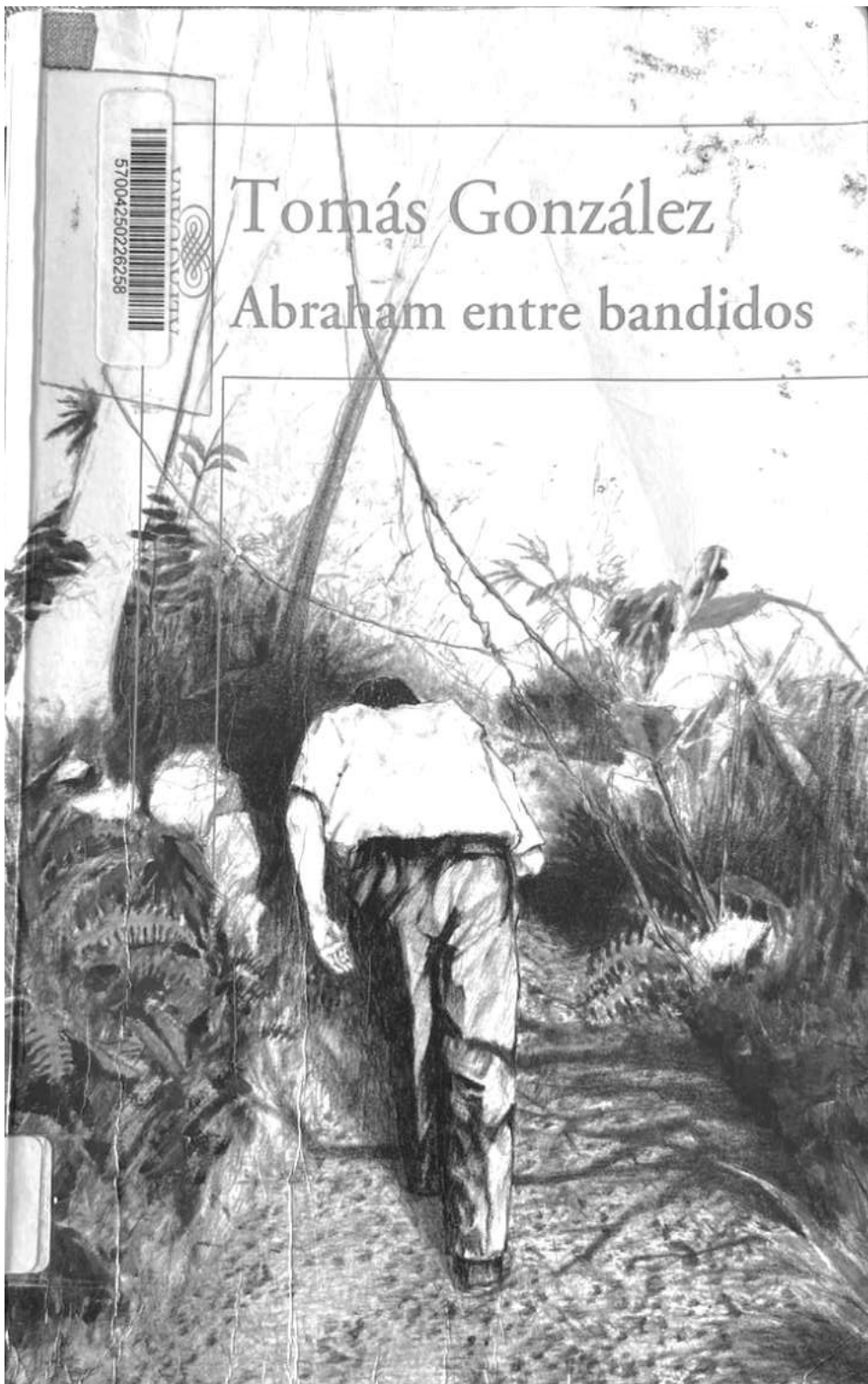
### **Guías para seguir la lectura:**

1. Identificar sentimientos/emociones de Abraham durante todo su relato
2. Cuando lleguen al recuadro rojo hacerse esa pregunta y discutirla. ¿por qué creen ustedes que Pavor los agarró?
3. Al finalizar la lectura discutir las percepciones que tienen sobre el personaje de Abraham
  - a. ¿Cómo se comporta?
  - b. ¿Cómo podrían describir su personalidad?

57004250226258

# Tomás González

## Abraham entre bandidos



Abraham y Saúl se acostaron en posición fetal, por el frío, en la tiendita de campaña que les habían asignado. El sancocho y el cansancio hicieron que se durmieran de inmediato. Abraham soñó que había muerto y que a Susana y a Vicente todavía les quedaban años por vivir, por lo que él había decidido sentarse en una piedra a esperarlos. Aunque estaba en una carretera sin pavimentar, y no pasaban buses ni automóviles, en qué entretenerse al parecer no faltaba. No dejaba de aparecer gente que se ponía a esperar como él, o iba de paso, y siempre era bueno verlos llegar, mirar cómo reaccionaban, charlar con ellos.

—Despiértesen y salgan. Los necesita mi sargento —dijo el bandolerito, que había metido la mitad del cuerpo, con carabina San Cristóbal y todo, en la tienda.

Ya había anochecido. Sintieron el olor de Trescuchillos. Salieron gateando y, cuando se pusieron de pie, ahí estaba el bandido, que desviaba su mirada de ámbar opaco. Dijo algo al oído del niño, que habló entonces en el tono neutro de quien transmite una razón al pie de la letra:

—El sargento dice que le entreguen los hijueputas relojes y los anillos.

Abraham miró por última vez la hora en su reloj, siete y diez, y se quitó el anillo de matrimonio. Saúl entregó su reloj, su anillo de matrimonio y otro anillo de piedra roja montada en oro. El niño le entregó todo a Trescuchillos. El bandido metió relojes y anillos en uno de los bolsillos grandes de sus pantalones militares y volvió a decir algo al oído del niño.

—Los zapatos —dijo el bandolerito.

Los zapatos de Abraham eran de trabajo, es decir, los que usaba cuando iba a la finca. Los de Saúl, en cambio, que había decidido acompañar a Abraham a última hora y no había tenido tiempo de cambiarse, eran lujosos, de cuero muy fino, y hasta el día anterior habían brillado como espejos. Trescuchillos los examinó con los dedos, como calculando la calidad de las costuras; dio media vuelta y se alejó con un par de zapatos en cada mano.

—Estesen tranquilos, muchachos, que yo veo el modo de conseguirles algo más —dijo el niño. Y seguramente fue a hablar con Pavor, pues al rato vieron aparecer al renombrado bandolero.

—Así que el Flavio estuvo por aquí y los dejó a pie limpio y sin alhajas —dijo Enrique Medina—. Pero tranquilos, que mientras yo esté aquí, a ustedes, lo que se dice pasarles, no les va a pasar nada. Creo. En todo caso del suelo no pasan, muchachos, ja, ja, ja. ¿O no, Saúl? ¿Vos qué decís? Andá, Piojo, traeles un par de cobijas a estos güevones, que están tiritando, y unas cotizas, para que no se les perjudiquen demasiado los pies cuando arranquemos. No te olvidés de la botella de aguardiente. Y nos prendés una fogatica. Media vuelta, ¡mar!

—Sí, mi capitán.

Cuando el niño salió corriendo por las cobijas, Pavor se recostó sobre el colchón de hojas de roble y se puso a barajar el mazo de naipes. Al frente de la tienda de Trescuchillos había movimiento: preparaban carabinas, afilaban machetes, arreglaban morrales. La niebla llegaba, hacía desaparecer a los bandidos, extinguía casi el resplandor de las Coleman, y volvía a disiparse.

—¿Póquer o veintiuna? —dijo Saúl.

—¿Y esos es que se van, Enrique? —se atrevió a preguntar Abraham.

—Pregunchonchito el niño, ¿no, Trompevaca? Se van. Se van a hacer un daño por allí, pero ya vuelven. Nosotros nos quedamos brindando apoyo logístico, ja, ja, ja. ¿Sí o no? ¿Sí o no? Veintiuna mejor. Y te mando a despellejar, Saúl, donde me hagás trampa, que vos sos muy jodido.

Habían jugado ya tres manos, que ganó Pavor —o más bien perdió Saúl, tal vez por aquello del despellejamiento, pensó Abraham—, cuando llegó Vladimir y se cuadró militarmente. De haber llevado botas de cuero, y no zapatos tenis, le habrían sonado los talones.

—La lista, mi capitán —dijo y le entregó un papel. Pavor la examinó con detenimiento, tachó un nombre, agregó dos y se la devolvió.

—Dígale al sargento, teniente, que nada más estos. Nada de lucirse con el resto del personal, y, sobre todo, nada de niños.

Vladimir se demoró un poco en decir «sí, mi capitán», como si hubiera estado pensando en la manera menos peligrosa de darle la orden a Trescuchillos.

—Y no me traigan muchachas para acá, teniente. Cómanselas, hagan con ellas lo que les convenga, pero allá, allá. No me jodan aquí con eso.



A las siete de la noche de la quinta noche empezaron a subir por una trocha que el Puntudo conocía, aunque se había demorado en encontrar. Se alejaban del río. Todos habían comido demasiada danta y ahora subían por la cordillera, riéndose, en medio de una pedrera general. El cielo estaba limpio y había luna, no llena, pero sí muy brillante. Abraham tenía la impresión de que el cambio de rumbo les estaba haciendo formar un círculo que otra vez los orientaba hacia su finca. Se lo comentó a Saúl, que estuvo de acuerdo. Después de un rato de subir en silencio, Abraham dijo:

—¿Vos qué pensás, Saúl?

—¿Pensar de qué? —preguntó Saúl.

—¿Para qué nos agarró Enrique?

Saúl siguió caminando sin hablar, casi como si la pregunta lo hubiera puesto de malhumor. Enrique tenía que estar bien enterado de que ninguno de los dos era ya rico, pues de ellos todo el mundo sabía que el uno había dilapidado casi todo en negocios malos, el otro en el juego y los dos en parrandas. Es decir, no era por plata. Ya habían hablado sobre el tema otras veces, pero no podían evitar regresar a él, y casi con las mismas palabras.

—Mala inversión hacerse a semejante par de bellezas —dijo al fin Saúl.

Abraham, a quien le costaba mucho reconocer que había perdido su fortuna por mal negociante, en-

tendió bien lo que Saúl quería decir, pero prefirió no comentarlo, quedarse en silencio, pensar en otras cosas. Llegaron a una quebrada de poca agua y piedras grandes, algunas del tamaño de automóviles, que cruzaron saltando de piedra en piedra, a veces en cuatro patas, como mandriles, bajo la luz de la luna.

—Porque le dio la real gana —agregó Saúl, ya en la otra orilla—. Es decir porque sí, porque puede. Lo que pasa es que le caemos bien y nos sacó a pasear, el hijueputa.

Caminaron otro rato en silencio; Saúl soltó un pedo y agregó, dubitativo:

—Digo yo.

—Chito, que por ahí anda mi sargento —les advirtió Piojo.

Pero no fue Trecuchillos el que habló, sino Pavor, que venía más cerca de lo que ellos pensaban.

—Mejor hagan la bulla callados, señores —dijo—, si no quieren que los de Hiena nos oigan y tengamos que quebrarnos el culo con esos malparidos. ¡Ah, gente para mala esa! ¿No, Piojo?

—¡Afirmativo, mi capitán! —dijo con entusiasmo el niño. Casi cualquiera habría podido percibir el miedo en las palabras de Pavor (miedo, por demás, justificado), pero Piojo nada de eso veía o tal vez todo se lo perdonaba a su capitán, por quien sentía una admiración sin límites.

Después de cruzar la quebrada, el ascenso se hizo mucho más pronunciado y rocoso. Empezaron a abundar los helechos arbóreos de las zonas húmedas templadas, los árboles llamados trompetos, cargados de bellos racimos inútiles, los cedros y las lianas. Subieron unas dos horas por la ladera, agarrándose a veces de piedras

y arbustos, para no rodar cordillera abajo, hasta que el ascenso se hizo más suave, y de pronto se vieron en medio de un bosque espeso lleno de musgos, líquenes, helechos y neblina. Las linternas creaban chorros sólidos, de apariencia vítrea, casi metálica. Al llegar a un claro alguien cantó como un búho y adelante el Puntudo y la fila de hombres detuvieron la marcha. Poco después la luz del sol comenzó a clarear, arriba, entre los árboles.

—¡A atención! ¡A descansar el culeco mar, se dijo, señores guerrilleros! —ordenó Pavor—. ¡Los del café, que hagan café! ¡Los del desayuno, a mover el rabo, señores! Para mí, sopa de papa y costilla, bisté a caballo, mazamorra con leche y panela. Y sin patacones, a ver, que estoy a dieta.

Algunos celebraron la ocurrencia. No Saúl. Abraham vio cómo se ponía ceñudo y maldecía entre dientes. De algún tiempo para acá el sentido del humor del bandolero le producía a Saúl tal irritación que Abraham temía que pudiera estallar en cualquier momento y hacerse matar o algo. El apodo Trompevaca, por ejemplo, que nunca le había molestado y del que se sentía en realidad un poco orgulloso, en boca del bandido, y muy en especial si lo usaba en diminutivo, amenazaba con sacarlo completamente de quicio.

—Qué vida cagada la de nosotros —dijo Saúl.

Café sí hubo, aunque flojo, pero en vez de bistec a caballo comieron algo que se llamaba «cancharina», hojuela tostada, hecha de harina de trigo y panela, muy apreciada por algunos bandoleros y que ellos dos detestaban.

—¡Vida perra! —dijo otra vez Saúl.

Abraham y Saúl sacaron las ruanas de los morrales, se tendieron sobre ellas y se durmieron de inmedia-

to entre la bulla de los pájaros. Abraham soñó que iba para el café por la mañana y se había encontrado con tres camiones que venían de los municipios e iban para la morgue, perseguidos por las moscas. Susana y Vicente también los miraban. En el café, Tiberio Salazar levantaba las cajas de cerveza y las acomodaba de a dos, sin esfuerzo, como si se elevaran solas, en lo alto de la pared de cajas, de muchos metros, que se alzaba contra una de las tapias.

Poco después del mediodía Abraham abrió los ojos y pensó que le gustaría afeitarse. Continuaba la bulla de los pájaros. Por primera vez en varios días se despertaba sin sombra de resaca, y era que Pavor, atento tal vez a la cercanía de Jaír Hernández, Hiena, a quien parecía respetar mucho más que al ejército, se había olvidado del aguardiente y el juego. Tal vez Piojo, recursivo siempre, podría conseguirle una maquinilla y un espejo. El niño dijo «listo, don Abraham» y al rato volvió con las dos cosas.

**FRAGMENTO 1. EL LIBRO DE  
LOS AMERICANOS SIN  
NOMBRE**

**PERSPECTIVA DE ALMA**



# El libro de los americanos sin nombre

Cristina Henríquez



# Alma

Todo lo que queríamos en aquella época eran cosas sencillas: buena comida, dormir por las noches, sonreír, reír de vez en cuando, estar bien. Creíamos que, como todos, teníamos derecho a ello. Por supuesto, cuando lo pienso ahora veo que era una ingenua. La marea de esperanzas y la promesa de oportunidades me cegaban. Supuse entonces que ya había ocurrido todo lo que podría salir mal en nuestras vidas.

Llegamos treinta horas después de cruzar la frontera, los tres en el asiento trasero de una camioneta *pick-up* de color rojo que olía a humo de tabaco y a gasolina.

—Despierta —dije empujando a Maribel cuando el chofer se metió en un estacionamiento.

—¡Hummm!

—Ya hemos llegado, hija —le susurré.

—¿Adónde? —preguntó Maribel.

—A Delaware.

Me miró parpadeando en la oscuridad.

Arturo estaba sentado en el otro extremo.

—¿Está bien? —preguntó.

—No te preocupes —respondí—. Está perfectamente.

Se había puesto el sol y la oscuridad sangraba desde los



confines del cielo. Unos minutos antes estábamos en una carretera muy transitada manejando a través de los cruces, dejando atrás centros comerciales y restaurantes de comida rápida, pero a medida que nos acercábamos al edificio de departamentos todo aquello se iba esfumando. Lo último que vi antes de embocar el largo camino de grava que conducía a la zona de estacionamiento fue un taller de chapa y pintura abandonado. Apoyado en el piso contra la fachada de estuco gris estaba el cartel pintado a mano.

El chofer estacionó la camioneta y encendió otro cigarrillo. Había fumado durante todo el viaje. Eso le daba algo que hacer con la boca, supongo, porque cuando nos recogió en Laredo dejó claro que no le interesaba platicar.

Arturo salió primero, se enderezó el sombrero de cowboy e inspeccionó el edificio. Dos plantas construidas con bloques de hormigón, una galería al aire libre que recorría la segunda con escaleras metálicas en cada punta, trozos de espuma de polietileno roto en la hierba, una valla de alambre a lo largo del perímetro y grietas en el asfalto. Esperaba algo más bonito. Algo con ventanas blancas y ladrillos rojos, con arbustos bien cuidados y macetas de flores en las ventanas. Como las casas americanas que salían en las películas. Pero aquélla era la única opción que nos daba el nuevo trabajo de Arturo y me dije que teníamos suerte.

Descargamos nuestros bártulos en silencio rodeados por aquella atmósfera tenue y poco familiar: bolsas de basura llenas de ropa, sábanas y toallas; cajas de cartón repletas de platos envueltos en papel de periódico; una neverita atiborrada de pastillas de jabón, botellas de agua, aceite de cocina

y champú. Por el camino vimos un televisor en la banqueta. El chofer frenó de repente y dio marcha atrás.

—¿Lo quieren? —preguntó.

Arturo y yo nos miramos perplejos.

—¿El televisor? —preguntó Arturo.

—Si lo quieren, tómenlo —dijo el chofer.

—¿Pero eso no es robar? —preguntó Arturo.

El chofer resopló.

—En los Estados Unidos la gente lo bota todo. También cosas que están en perfecto estado.

Más tarde, cuando se detuvo de nuevo y señaló una mesa de cocina desechada, y luego otra vez con un colchón apoyado como un tobogán contra un buzón, supimos lo que debíamos hacer y lo cargamos todo en la camioneta.

Después de encontrar la llave que el propietario había pegado con cinta adhesiva en el umbral de la puerta y de subir nuestros enseres al departamento por la escalera de metal oxidado, Arturo bajó a pagar al chofer. Le dio la mitad del dinero que teníamos. Así, sin más. El chofer se metió los billetes en el bolsillo y echó la ceniza del cigarrillo por la ventanilla.

—Buena suerte —lo oí decir antes de arrancar.

En el departamento, Arturo pulsó el interruptor de la pared y una bombilla se encendió en el techo. El linóleo del piso estaba sucio y gastado. Las paredes estaban pintadas de amarillo mostaza. Había dos ventanas (una grande en la parte delantera y una más pequeña en la posterior, el único dormitorio), ambas cubiertas de plástico sujeto con cinta adhesiva. Los marcos de madera estaban combados y asti-

llados. Al final del pasillo había un cuarto de baño con una bañerita azul de bebé, un retrete herrumbroso y una ducha sin mampara ni cortina. A primera vista, la cocina era lo mejor (al menos era grande), aunque los fogones estaban envueltos en papel de aluminio y habían grapado trozos de sábana para sustituir las puertas de los armarios. En la esquina había un viejo refrigerador con las puertas abiertas de par en par. Arturo se acercó y metió la cabeza dentro.

—¿Esto es lo que huele así? —preguntó—. ¡Huácala!

Todo el lugar apestaba a moho y quizá a pescado.

—La limpiaré por la mañana —dije cuando Arturo cerró por fin las puertas.

Miré a Maribel, que estaba a mi lado. Inexpresiva, como de costumbre, se apretaba la libreta contra el pecho. ¿Qué le parecía todo aquello?, me preguntaba. ¿Entendía dónde estábamos?

No teníamos fuerzas para desempaquetar o lavarnos los dientes, ni siquiera para cambiarnos de ropa, así que después de mirar un poco a nuestro alrededor dejamos el colchón recién adquirido en el piso del cuarto, nos tumbamos y cerramos los ojos.

Durante casi una hora, tal vez más, escuché el suave coro de Maribel y Arturo. Respiraciones largas y regulares. Dentro y fuera. Dentro y fuera. La marea de oportunidades. El tira y afloja de las dudas. ¿Venir acá era lo acertado? Por supuesto, sabía la respuesta. Habíamos hecho lo que debíamos hacer. Lo que nos dijeron los médicos. Apoyé las manos en el vientre y respiré. Relajé los músculos de la cara, destensé la mandíbula. Pero estábamos tan lejos de lo que



conocíamos... Todo acá (el aire agrio, los ruidos apagados, la oscuridad profunda) era diferente. Nos habíamos despojado de nuestra antigua vida, la habíamos dejado atrás y nos precipitábamos a una nueva con unas pocas posesiones, el cariño que nos teníamos y, sí, esperanza. ¿Sería suficiente? Irá bien, pensé. Irá bien. Lo repetí como una oración hasta que finalmente también me quedé dormida.

Por la mañana nos despertamos aturridos y desorientados, nos contemplamos entre aquellas cuatro paredes y luego recordamos. Delaware. A tres mil kilómetros de nuestra casa en Pátzcuaro. Más de tres mil kilómetros y un mundo de distancia.

Maribel se frotó los ojos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Voy a hacer el desayuno —le dije.

—No tenemos nada para comer —masculló Arturo sentado en el colchón con los codos sobre las rodillas y cara de sueño.

—Podemos comprar algo —señalé.

—¿Dónde? —preguntó.

—Donde vendan comida.

Pero no teníamos ni idea de adónde ir. Salimos del departamento al sol brillante y al aire húmedo de la madrugada (Arturo con su sombrero, Maribel con las gafas de sol que el médico le había recomendado para aliviar sus dolores de cabeza) y caminamos por el sendero de grava que conducía a la calle principal. Al llegar a la esquina, Arturo se detuvo y se acarició el bigote mientras miraba en ambas direcciones.

**FRAGMENTO 2. EL LIBRO DE  
LOS AMERICANOS SIN  
NOMBRE**

**PERSPECTIVA DE ALMA**



# El libro de los americanos sin nombre

Cristina Henríquez



# Alma

Arturo empezó a trabajar a los pocos días de llegar. Antes de venir había conseguido trabajo en una granja de champiñones, justo al otro lado de la frontera con Pensilvania. Fue la única empresa cercana a la escuela de Maribel que aceptó gestionar nuestras visas.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunté mientras corría a su encuentro cuando llegó a la puerta de casa; tenía las uñas sucias y olía a verduras podridas; me tapé la nariz—. Tal vez deberías ducharte antes de contármelo.

Pero no se rio. Pasó por delante de mí y se sentó en una silla frente a la mesa.

—¿Que cómo me ha ido? —respondió—. Bueno, me he pasado diez horas en un almacén recogiendo champiñones.

—Así que ha sido genial.

Arturo ladeó la cabeza y le crujieron las vértebras del cuello.

—Lo siento —añadí sentándome frente a él; Arturo quería estar serio, de modo que yo me puse seria—. ¿Esos champiñones crecen dentro del edificio?

—En cajas —respondió asintiendo—. Las colocan unas encima de otras con suficiente espacio entremedio para que nos quepan las manos. Todo está controlado. La ventila-

ción, la humedad. Y lo mantienen oscuro.

—¿Se trabaja en la oscuridad?

—Los champiñones no necesitan luz.

—¿Pero no tienes que ver lo que estás haciendo?

—Los buscamos al tacto. Entonces los arrancamos, les quitamos la tierra y los metemos en una canasta. Pero tan rápido... Tenemos que cumplir los cupos.

—¿En la oscuridad? —le pregunté de nuevo.

Traté de imaginármelo de pie en la penumbra durante todo el día. ¿Qué clase de condiciones eran aquéllas?

—Es absurdo —dijo.

—¿Sabes que tienes experiencia? Podrías ser capataz.

—No, no podría.

—Diles entonces que en México eras el dueño de una empresa de construcción.

—Les da igual.

—Pero podrías hacer algo más que recoger champiñones a oscuras.

—Alma, ya sabíamos cómo sería este trabajo.

—¿Quién lo sabía? Yo no.

—Te lo conté.

—Me dijiste que trabajarías en una granja de champiñones, pero no pensé que sería así.

—Bueno, así es la vida.

—¿Por qué no les hablas de tu cualificación profesional?

—No voy a crear problemas, Alma. Estoy contento de tener un trabajo en esta empresa.

—Lo sé, pero...

—¡Por favor! —exclamó Arturo.

Arturo y yo nos quedamos muy juntos mientras Maribel subía al autobús. A través de las ventanillas la vi sentarse en uno de los primeros asientos y colocarse las gafas de sol por encima de la frente.

Habíamos planeado la vida acá durante mucho tiempo. Rellenábamos papeles, acariciábamos esperanzas, rezábamos, aguardábamos. Todos nuestros sueños estaban anclados a este lugar, pero el ancla era frágil y delicada. Aún era demasiado pronto para decir si sería más fuerte de lo que pensábamos o si al final no lograría sujetarnos más.

—Estará bien —dijo Arturo como si me hubiera leído la mente.

Pero tal vez sólo trataba de convencerse a sí mismo.

—Dilo otra vez —le pedí.

—Estará bien.

Y como quería creerlo (como deseaba más que nada en el mundo que ella estuviera bien, muy bien, mejor que muy bien, y volviera a ser la niña que había sido; como deseaba que el último año vivido sólo fuera un extraño y cruel desvío que dejaríamos atrás para nunca adentrarnos de nuevo en él), asentí mientras el autobús se alejaba de nosotros.

Arturo se fue a trabajar poco después (también tenía que tomar su autobús, tres en realidad, para ir a la granja de champiñones), lo cual significaba que me había quedado sola en el departamento por primera vez desde que llegamos. No estaba acostumbrada a la soledad, ni acá ni en ninguna parte, y sentía el silencio como una invasión. En Pátzcuaro siempre había alguien (mi mamá o alguna amiga) que me visitaba por las mañanas. Preparaba café



con leche y platicábamos; a veces sólo unos minutos, en ocasiones durante horas. E incluso cuando nadie venía, por las ventanas abiertas de la casa podía oír el ruido de los vecinos: una canción de Juanes en una radio cercana, un perro ladrando, el monótono golpeteo de un martillo, el murmullo de las voces, el rumor de la brisa. Acá era como estar recluida en una caja hermética y, si abría la ventana, sólo escuchaba el susurro rítmico de los automóviles que pasaban por la carretera.

Prendí el televisor para que me hiciera compañía y estudié las bocas de la gente que hablaba en inglés. Me esforcé por repetir los sonidos a pesar de que no tenía ni idea de su significado. ¡Y hablaban tan rápido! No estaba segura de si pronunciaba palabras sueltas o conjuntos de palabras como racimos de uvas.

Al cabo de un rato apagué el televisor y me fui a la cocina. Saqué mi comal y pensé que podría cocinar algo. Algo que me recordara el viejo hogar. Pero no tenía los ingredientes que necesitaba, así que me quedé allí, mirando fijamente el sartén de hierro colado, sintiendo que la nostalgia me invadía como una ola rugiente, llenaba mi nariz y mis oídos, amenazaba con derribarme... Respiré hondo. Haría otra cosa entonces. Saldría. Ahora mi vida es ésta, me dije, y debía encontrar la manera de pasar los días. Tenía que aprender a correr más rápido que la ola. O a refugiarme tierra adentro para que no me alcanzase.

Me duché y me vestí. Luego me peiné haciendo la raya en medio y recogiendo el cabello en una coleta. Abrí la pequeña lata que había traído de México y me puse cera de candelilla



**FRAGMENTO 3. EL LIBRO DE  
LOS AMERICANOS SIN  
NOMBRE**

**PERSPECTIVA DE RAFAEL TORO**

# El libro de los americanos sin nombre

Cristina Henríquez



cía a uno de los chicos. Al principio no me fijé en Celia, pero después del partido ella todavía estaba allí con una de sus amigas (todos los demás ya se habían ido) y recuerdo que me tocó el hombro. Supongo que dije algo gracioso, pero no sé qué y, si alguien se lo preguntara, Celia juraría que no he dicho nada divertido en toda mi vida. Pero aquel día se rio y puso su mano en mi hombro. Entonces pensé: «¿Quién es esta chica?».

Yo tenía dieciocho años. Empezamos a vernos. Aún dormía en departamentos de amigos, así que Celia y yo nos sentábamos en un banco del parque y bebíamos cerveza o paseábamos por la Avenida Central o nos subíamos a las rocas de la bahía para escuchar el batir de las olas debajo de nosotros. La playa del casco viejo donde nos conocimos siempre fue su favorita. Podía sentarse durante horas con los pies desnudos en la arena y dejar que la espuma le mojara los tobillos. Nunca la vi tan feliz como cuando íbamos a aquel lugar.

Celia no era muy exigente. No le importaba que yo no pudiera darle muchas cosas. Pero a mí sí me importaba. Con el tiempo conseguí trabajo en un restaurante: así obtenía dinero para comprarle regalos o llevarla de vez en cuando al cine. Eso es lo que debe hacer un hombre. Ella iba a la universidad, estudiaba para ser secretaria, pero yo no quería depender del dinero que pudiese ganar en el futuro. Quería cuidarla. Y supongo que, de repente, también quería cuidar de mí mismo.

Después de aquello enderecé mi vida. En lugar de gastarme el sueldo en ron y cerveza, ahorré lo suficiente para

comprarle un anillo de oro en Reprosa y le pedí que se casara conmigo.

Nos casamos en la Iglesia del Carmen con una docena de invitados. Su hermana Gloria, sus padres y algunos amigos. Un año más tarde tuvimos a nuestro hijo Enrique. Y luego a Mayor.

Tanto ella como yo añoramos ciertas cosas de Panamá. Fue nuestro hogar durante muchos años. Aunque tuviéramos buenas razones para marcharnos, es difícil abandonarlo todo. ¿Cómo puedo describir lo ocurrido durante la invasión? Una noche dormimos en un bus bloqueado por una barricada. Cuando los pasajeros intentamos bajar, unos tipos de los Batallones de la Dignidad nos esperaban fuera apuntándonos con sus armas y nos dijeron que no nos moviéramos de allí. Celia llevaba en brazos a Enrique y les rogamos que nos dejaran marchar porque no teníamos comida para él. Por la mañana, después de que se fueran, caminamos hasta casa oyendo disparos en la distancia. Nadie salía a la calle excepto quienes luchaban. Bueno, y los pocos que saqueaban las tiendas. Pero la mayoría estaban cerradas, los dueños habían bajado las persianas metálicas y habían puesto candados. Pasamos tres semanas sin salir de casa. Al final acabamos comiendo pasta dentífrica. La televisión no emitía nada. No sabíamos qué iba a suceder. Un día, finalmente, nos enteramos por un vecino de que Noriega se había ido y, de pronto, las calles se volvieron a llenar de voces. La gente salía, miraba al cielo, llamaba a las puertas de los vecinos, compartía historias sobre lo que había ocurrido, sobre el miedo que había sentido, sobre las partes de



la ciudad que habían sido destruidas. Pero aquellas historias no eran nada comparadas con lo que vimos al salir. El Chorrillo. San Miguelito. No lograba entenderlo. Autos quemados y edificios reducidos a escombros. Cristales rotos y palmeras carbonizadas a los lados de las carreteras. Parecía un lugar diferente. Todo era destrucción y más destrucción. Recuerdo que Celia sollozó cuando contempló aquello.

Tratamos de darnos un tiempo, pero tres años después tomamos la decisión de emigrar. Ya no nos sentíamos seguros. Era como si nos hubieran robado el hogar. Y creo que en el fondo me sentía avergonzado de que mi país no hubiera sido lo bastante fuerte para impedir el desastre. Podría decir que, en cierto modo, me sentía traicionado.

Ahora somos americanos. Soy cocinero en un restaurante y gano lo suficiente para mantener a mi familia. Celia y yo estamos muy contentos de que a Enrique y a Mayor les vaya bien acá. Seguramente no les habría ido tan bien en Panamá. Tal vez no hubieran tenido las mismas oportunidades. Así que ha valido la pena. Somos ciudadanos y si alguien me pregunta cuál es mi hogar, le digo que los Estados Unidos. Y lo digo con orgullo.

Por supuesto, todavía echamos de menos Panamá. Celia se muere por volver de visita. Pero me preocupa cómo estará todo después de tanto tiempo. La ciudad era irreconocible cuando nos fuimos y tengo la sensación de que ahora nos resultará aún más extraña. A veces pienso que prefiero depositar los recuerdos en mi cabeza, las calles y los sitios que amaba. El olor a humo de auto y fruta dulce. El calor espeso. Los ladridos de los perros en los callejones. Ése es el Pa-



namá al que quiero aferrarme. Porque un lugar puede hacer mucho contra ti, pero si es tu hogar, o lo fue una vez, sigues queriéndolo. Eso es lo que pasa.

# EL CURIOSO INCIDENTE DEL PERRO A MEDIANOCHE

Mark Haddon

Traducción de  
Patricia Antón

Título original: The curious incident of the dog in the night-time

Pasaban 7 minutos de la medianoche. El perro estaba tumbado en la hierba, en medio del jardín de la casa de la señora Shears. Tenía los ojos cerrados. Parecía estar corriendo echado, como corren los perros cuando, en sueños, creen que persiguen un gato. Pero el perro no estaba corriendo o dormido. El perro estaba muerto. De su cuerpo sobresalía un horcón. Las púas del horcón debían de haber atravesado al perro y haberse clavado en el suelo, porque no se había caído. Decidí que probablemente habían matado al perro con la horca porque no veía otras heridas en el perro, y no creo que a nadie se le ocurra clavarle una horca a un perro después de que haya muerto por alguna otra causa, como por ejemplo de cáncer o por un accidente de tráfico. Pero no podía estar seguro de que fuera así.

Abrí la verja de la señora Shears, entré y la cerré detrás de mí. Crucé el jardín y me arrodillé junto al perro. Le toqué el hocico con una mano. Aún estaba caliente.

El perro se llamaba *Wellington*. Pertenecía a la señora Shears, que era amiga nuestra. Vivía en la acera de enfrente, dos casas hacia la izquierda.

*Wellington* era un caniche. No uno de esos caniches pequeños a los que les hacen peinados, sino un caniche grande. Tenía el pelo negro y rizado, pero cuando uno se acercaba veía que la piel era de un amarillo muy pálido, como la de los pollos.

Acaricié a *Wellington* y me pregunté quién lo habría matado y por qué.

Me llamo Christopher John Francis Boone. Me sé todos los países del mundo y sus capitales y todos los números primos hasta el 7.507.

Hace ocho años, cuando conocí a Siobhan, me enseñó este dibujo



y supe que significaba «triste», que es como me sentí cuando encontré al perro muerto.

Luego me enseñó este dibujo



y supe que significaba «contento», como estoy cuando leo sobre las misiones espaciales Apolo, o cuando aún estoy despierto a las tres o las cuatro de la madrugada y recorro la calle de arriba abajo y me imagino que soy la única persona en el mundo entero.

Después hizo otros dibujos



pero no supe decir qué significaban.

Pedí a Siobhan que me dibujara más caras de esas y escribiera junto a ellas qué significaban exactamente. Me guardé la hoja en el bolsillo y la sacaba cuando no entendía lo que alguien me estaba diciendo. Pero era muy difícil decidir cuál de los diagramas se parecía más a la cara que veía, porque las caras de la gente se mueven muy deprisa.

Cuando le conté a Siobhan lo que hacía, sacó un lápiz y otra hoja y dijo que probablemente eso hacía que la gente se sintiera muy



y entonces se rió. Así que rompí mi hoja y la tiré. Y Siobhan me pidió disculpas. Ahora cuando no sé qué me está diciendo alguien le pregunto qué quiere decir o me marcho.



Entonces llegó la policía. A mí me gustan los policías. Llevan uniformes y números y uno sabe lo que se supone que tienen que hacer. Había una policía y un policía. La mujer policía tenía un pequeño agujero en las medias a la altura del tobillo izquierdo y un arañazo rojo en medio del agujero. El policía llevaba pegada a la suela del zapato una gran hoja naranja, que le sobresalía por un lado.

La mujer policía rodeó con los brazos a la señora Shears y la llevó de vuelta a la casa.

Levanté la cabeza de la hierba.

El policía se agachó junto a mí y dijo:

—¿Quieres contarme qué está pasando aquí, jovencito?

Me senté y dije:

—El perro está muerto.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo él.

—Creo que alguien ha matado al perro —dije.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el policía.

—Tengo 15 años, 3 meses y 2 días —dije.

—¿Y qué hacías exactamente en el jardín? —preguntó.

—Tenía al perro en brazos —dije.

—¿Y por qué tenías al perro en brazos? —preguntó.

Una pregunta difícil. Era algo que yo quería hacer. Me gustan los perros. Me ponía triste ver que el perro estaba muerto.

Como me gustan los policías quería responder adecuadamente a la pregunta, pero el policía no me dio el tiempo suficiente para dar con la respuesta correcta.

—¿Por qué tenías al perro en brazos? —preguntó otra vez.

—Me gustan los perros —dije.

—¿Has matado al perro? —preguntó.

—Yo no he matado al perro —dije.

—¿La horca es tuya? —preguntó.

—No —dije.

—Parece que esto te ha alterado mucho —dijo.

Me estaba haciendo demasiadas preguntas y me las estaba haciendo demasiado rápido. Se me amontonaban como los panes en la fábrica donde trabaja el tío Terry. La fábrica es una panificadora y él maneja la máquina de rebanar. A veces la máquina no va lo bastante rápido pero el pan sigue



llegando hasta causar un bloqueo. A veces me imagino mi mente como si fuera una máquina, aunque no siempre como una rebanadora de pan. Hace que me sea más fácil explicarles a los demás lo que pasa en mi interior.

El policía dijo:

—Voy a preguntarte una vez más...

Volví a rodar sobre la hierba y pegué la frente al suelo otra vez e hice ese ruido que Padre llama gemido. Hago ese ruido cuando llega demasiada información a mi cabeza desde el mundo exterior. Es como cuando estás alterado y sujetas la radio contra la oreja y la sintonizas entre emisoras y lo único que se oye es eso que llaman ruido blanco, y entonces subes el volumen al máximo y sabes que estás a salvo porque no puedes oír nada más.

El policía me agarró del brazo y me hizo ponerme en pie.

No me gustó que me tocara de esa forma.

Y entonces le pegué.

La gente me provoca confusión.

Eso me pasa por dos razones principales.

La primera razón principal es que la gente habla mucho sin utilizar ninguna palabra. Siobhan dice que si uno arquea una ceja puede querer decir montones de cosas distintas. Puede significar «quiero tener relaciones sexuales contigo» y también puede querer decir «creo que lo que acabas de decir es una estupidez».

Siobhan también dice que si cierras la boca y expeles aire con fuerza por la nariz puede significar que estás relajado, o que estás aburrido o que estás enfadado, y todo depende de cuánto aire te salga por la nariz y con qué rapidez y de qué forma tenga tu boca cuando lo hagas y de cómo estés sentado y de lo que hayas dicho justo antes y de cientos de otras cosas que son demasiado complicadas para entenderlas en sólo unos segundos.

La segunda razón principal es que la gente con frecuencia utiliza metáforas. He aquí ejemplos de metáforas

**Se murió de risa**

**Era la niña de sus ojos**

**Tenían un cadáver en el armario**

**Pasamos un día de mil demonios**

**Tiene la cabeza llena de pájaros**

La palabra metáfora significa llevar algo de un sitio a otro, y viene de las palabras griegas *μετα* (que significa *de un sitio a otro*) y *φερειν* (que significa *llevar*), y es cuando uno describe algo usando una palabra que no es literalmente lo que describe. Es decir, que la palabra metáfora es una metáfora.

Yo creo que debería llamarse mentira porque no hay días de mil demonios y la gente no tiene cadáveres en los armarios. Cuando trato de formarme una imagen en mi cabeza de una de estas frases me siento perdido porque una niña en los ojos de alguien no tiene nada que ver con que algo le guste mucho y te olvidas de lo que la persona decía.

Mi nombre es una metáfora. Significa «que lleva a Cristo» y viene de las palabras griegas *χριστος*; (que significa *Jesucristo*) y *φερειν*, y fue el nombre que le pusieron a san Cristóbal porque cruzó un río llevando a Jesucristo.

Eso te hace pensar en cómo se llamaría Cristóbal antes de cruzar el río con Jesucristo a cuestas. Pero no se llamaba de ninguna manera porque ésa es una historia apócrifa, lo cual significa que es, también, una mentira.

Madre solía decir que Christopher era un nombre bonito, porque es una historia sobre ser amable y servicial, pero yo no quiero que mi nombre se refiera a una historia sobre ser amable y servicial. Yo quiero que mi nombre se refiera a mí.

Había nubes en el cielo en el camino de vuelta a casa, así que no vi la Vía Láctea.

—Lo siento —dije, porque Padre había tenido que venir a la comisaría y eso era malo.

Él dijo:

—No te preocupes.

—Yo no maté al perro —dije.

Y él dijo:

—Ya lo sé.

Entonces dijo:

—Christopher, tienes que intentar no meterte en líos, ¿de acuerdo?

—No sabía que iba a meterme en líos —dije—. Me gusta *Wellington*, iba a decirle hola, pero no sabía que alguien lo había matado.

Padre dijo:

—Simplemente trata de no meter las narices en los asuntos de otras personas.

Reflexioné un momento y dije:

—Voy a descubrir quién mató a *Wellington*.

Y Padre dijo:

—¿Has oído lo que te he dicho, Christopher?

—Sí —dije—, he oído lo que me has dicho, pero cuando asesinan a alguien hay que descubrir quién lo hizo para que puedan castigarlo.

Y él dijo:

—No es más que un maldito perro, Christopher; un maldito perro.

—Yo creo que los perros también son importantes —dije.

Él dijo:

—Déjalo ya.

Y yo dije:

—Me pregunto si la policía descubrirá quién lo hizo y lo castigará.

Entonces Padre golpeó el volante con un puño y el coche zigzagueó un poquito sobre la raya discontinua del centro de la carretera, y Padre gritó:

—He dicho que lo dejes ya, por el amor de Dios.

Entendí que estaba enfadado porque gritaba. Yo no quería hacerle enfadar, así que no dije nada más hasta que llegamos a casa.





Después de entrar por la puerta principal fui a la cocina a buscar una zanahoria para *Toby* y subí a mi habitación, cerré la puerta, solté a *Toby* y le di la zanahoria. Luego conecté el ordenador y jugué 76 partidas del *Buscaminas* e hice la Versión Experto en 102 segundos, sólo tres segundos más que mi mejor tiempo, que es de 99 segundos.

A las 2.07 de la madrugada decidí que quería un vaso de zumo de naranja antes de lavarme los dientes e irme a la cama, así que bajé a la cocina. Padre estaba sentado en el sofá viendo un campeonato de billar en la televisión y bebiendo whisky. De los ojos le caían lágrimas.

Le pregunté.

—¿Estás triste por lo de *Wellington*?

Me miró durante largo rato e inspiró aire por la nariz. Luego dijo:

—Sí, Christopher, podría decirse que sí. Ya lo creo.

Decidí dejarlo solo porque cuando estoy triste quiero que me dejen solo. Así que no dije nada más. Fui a la cocina, me hice el zumo de naranja y me lo llevé de vuelta a mi habitación.

Decidí que iba a descubrir quién había matado a *Wellington* a pesar de que Padre me hubiese dicho que no me metiera en los asuntos de otras personas.

Eso es porque no siempre hago lo que me dicen.

Y no lo hago porque cuando la gente te dice qué tienes que hacer, suele ser confuso y no tener mucho sentido.

Por ejemplo, la gente te dice con frecuencia «Cállate», pero no te dice durante cuánto tiempo tienes que quedarte callado. O ves un letrado que dice «prohibido pisar el césped» pero debería decir «prohibido pisar el césped alrededor de este letrado» o «prohibido pisar el césped en este parque» porque hay mucho césped que sí se te permite pisar.

Además, la gente se salta las normas constantemente. Por ejemplo, Padre conduce muchas veces a más de 30 millas por hora en una zona limitada a 30 millas por hora, y otras conduce después de haber bebido, y con frecuencia no se pone el cinturón de seguridad. Y en la Biblia dice «No matarás» pero hubo unas cruzadas y dos guerras mundiales y la guerra del Golfo y en todas ellas hubo cristianos que mataban gente.

Además, no sé a qué se refiere Padre cuando dice «no te metas en los asuntos de los demás», porque no sé a qué se refiere con «los asuntos de los demás», porque yo hago montones de cosas con otras personas, en el colegio, en la tienda o en el autobús, y su trabajo consiste en ir a las casas de otras personas y arreglarles la caldera y la calefacción. Y todas esas cosas son asuntos de los demás.

Siobhan me comprende. Cuando me dice que no haga algo, me dice qué es exactamente lo que no se me permite hacer. Y eso me gusta.

Por ejemplo, una vez me dijo: «Nunca des puñetazos a Sarah, ni le pegues de cualquier otra forma, Christopher, ni siquiera aunque ella te pegue primero. Si vuelve a pegarte, apártate de ella, quédate quieto y cuenta hasta 50; luego ven a decirme lo que ha hecho, o cuéntaselo a otro de los educadores».

O, por ejemplo, una vez me dijo: «Si quieres columpiarte y ya hay gente en los columpios, nunca debes empujarlos para que se bajen. Tienes que preguntarles si puedes columpiarte tú. Y entonces has de esperar hasta que hayan acabado».

Pero cuando otras personas te dicen lo que no puedes hacer, no lo hacen de esa manera. Así que yo decido lo que voy a hacer y lo que no.

Aquella tarde fui a la casa de la señora Shears y llamé a la puerta y esperé a que contestara.

Cuando abrió la puerta sostenía una taza de té y llevaba zapatillas de

piel de borrego y había estado viendo un concurso en la tele porque el televisor estaba encendido y oí que alguien decía: «La capital de Venezuela es... a) Maracas, b) Caracas, c) Bogotá o d) Georgetown». Y yo sabía que era Caracas.

La señora Shears me dijo:

—Christopher, la verdad es que no me apetece verte en este momento.

—Yo no maté a *Wellington* —dije.

Y ella dijo:

—¿Qué haces aquí?

—Quería decirle que yo no maté a *Wellington*. Y también que quiero averiguar quién lo mató.

Se le derramó un poco de té sobre la alfombra.

—¿Sabe usted quién mató a *Wellington*? —pregunté.

No contestó a mi pregunta. Tan sólo dijo:

—Adiós, Christopher. —Y cerró la puerta.

Entonces decidí hacer un poco de detective.

Vi que la señora Shears me estaba mirando, esperando a que me fuera, porque la veía de pie en el vestíbulo, al otro lado del cristal esmerilado de su puerta de entrada. Así que recorrí de vuelta el sendero y salí del jardín. Entonces me volví y vi que ya no estaba de pie en el vestíbulo. Me aseguré de que no hubiera nadie mirando y salté la tapia, y anduve junto a la casa hasta el jardín de atrás y el cobertizo donde guardaba las herramientas de jardinería.

El cobertizo estaba cerrado con un candado y no podía entrar, así que lo rodeé hasta la ventana lateral. Entonces tuve un poco de buena suerte. A través de la ventana vi una horca que tenía exactamente el mismo aspecto que la horca que había visto sobresalir de *Wellington*. Estaba encima del banco, junto a la ventana, y la habían limpiado, porque no había sangre en las púas. También vi otras herramientas: una pala, un rastrillo y una de esas largas tijeras de podar que se usan para cortar ramas altas difíciles de alcanzar. Y todas ellas tenían los mismos mangos de plástico verde que la horca. Eso significaba que la horca pertenecía a la señora Shears. O era así, o se trataba de una Pista Falsa, que es una pista que te hace llegar a una conclusión errónea, o algo que parece una pista pero no lo es.

Me pregunté si la propia señora Shears habría matado a *Wellington*. Pero si hubiera matado ella misma a *Wellington*, por qué habría salido corriendo de la casa gritando «¿Qué coño le has hecho a mi perro?».

La señora Shears probablemente no había matado a *Wellington*. Pero quien fuera que lo hubiese matado, probablemente lo había matado con la horca de la señora Shears. El cobertizo estaba cerrado. Eso significaba que era alguien que tenía la llave del cobertizo de la señora Shears, o que ella se lo había dejado abierto, o que se había dejado la horca tirada en alguna parte del jardín.

Oí un ruido y me volví y vi a la señora Shears de pie en el césped mirándome. Dije:

—He venido a ver si la horca estaba en el cobertizo.

Y ella dijo:

—Si no te vas ahora mismo voy a volver a llamar a la policía.

Así que me fui a casa.

Cuando llegué a casa, le dije hola a Padre, subí y le di de comer a *Toby*, mi rata, y me sentí contento porque estaba haciendo de detective y descubriendo cosas.

El día siguiente era sábado y no hay gran cosa que hacer un sábado a menos que Padre me lleve a algún sitio, a remar en el lago o al centro de jardinería, pero ese sábado Inglaterra jugaba al fútbol contra Rumania, lo que significaba que no íbamos a hacer ninguna salida, porque Padre quería ver el partido en la televisión. Así que decidí investigar un poco más por mi cuenta.

Decidí que iría a preguntarles a otros de los vecinos de nuestra calle si habían visto a alguien matar a *Wellington*, o si habían visto algo extraño la noche del jueves.

Hablar con desconocidos no es algo que yo suela hacer. No me gusta hablar con desconocidos. No es por el **Peligro que suponen los Desconocidos** del que nos hablan en el colegio, y que es cuando un hombre desconocido te ofrece caramelos o llevarte en su coche porque quiere tener relaciones sexuales contigo. A mí eso no me preocupa. Si un desconocido me tocara yo le pegaría, y puedo pegar muy fuerte. Por ejemplo, aquella vez que pegué a Sarah porque me había tirado del pelo la dejé inconsciente y tuvo una conmoción cerebral y tuvieron que llevársela a Urgencias. Además, siempre llevo mi navaja del Ejército Suizo en el bolsillo y tiene una hoja de sierra que podría cortarle los dedos a un hombre.

No me gustan los extraños porque no me gusta la gente que no conozco. Es difícil comprenderlos. Es como estar en Francia, que es adonde íbamos a veces de vacaciones cuando Madre estaba viva, de camping. A mí no me gustaba nada porque cuando ibas a una tienda o a un restaurante o a una playa no entendías lo que decía la gente y eso daba miedo.

Me lleva mucho tiempo acostumbrarme a la gente que no conozco. Por ejemplo, cuando en el colegio hay un miembro nuevo del equipo de educadores no le hablo durante semanas y semanas. Lo observo hasta saber que no representa un peligro. Entonces le hago preguntas sobre sí mismo, si tiene mascotas, cuál es su color favorito, qué sabe de las misiones espaciales Apolo, y le hago dibujarme un plano de su casa y le pregunto qué coche tiene, para así conocerlo mejor. Entonces ya no me importa si estoy en la misma habitación que esa persona, y ya no tengo que vigilarla constantemente.

Así pues, para hablar con otros vecinos de nuestra calle, tenía que ser valiente. Pero si uno quiere hacer de detective, tiene que ser valiente. No tenía elección.

Primero hice un plano de nuestra parte de la calle, que se llama calle Randolph, y que era así



Solía pensar que Madre y Padre iban a divorciarse, porque tenían muchas peleas y a veces se enfadaban muchísimo. Era por el estrés de tener que cuidar de alguien con Problemas de Conducta, como yo. Solía tener muchísimos Problemas de Conducta, pero ahora ya no tengo tantos porque he crecido y soy capaz de tomar decisiones por mí mismo y hacer cosas como salir de casa a comprar cosas en la tienda de la esquina.

Éstos son algunos de mis Problemas de Conducta

- A.** No hablar durante mucho tiempo<sup>4</sup>.
- B.** No comer o beber nada durante mucho tiempo<sup>5</sup>.
- C.** No gustarme que me toquen.
- D.** Gritar cuando estoy enfadado o confundido.
- E.** No gustarme estar en sitios pequeños con otras personas.
- F.** Destrozar cosas cuando estoy enfadado o confundido.
- G.** Gemir.
- H.** No gustarme las cosas amarillas o marrones y negarme a tocar cosas amarillas o marrones.
- I.** Negarme a usar el cepillo de dientes si alguien lo ha tocado.
- J.** No comerme la comida si las diferentes clases de comida se tocan entre sí.
- K.** No darme cuenta de que la gente está enfadada conmigo.
- L.** No sonreír.
- M.** Decir cosas que a la gente le parecen groseras<sup>6</sup>.
- N.** Hacer cosas estúpidas<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Una vez no hablé con nadie durante 5 semanas.

<sup>5</sup> Cuando tenía 6 años, Madre me hacía beber batidos para adelgazar con sabor a fresa de una jarra graduada y jugábamos a cronometrar lo que tardaba en beberme un cuarto de litro.

<sup>6</sup> La gente dice que siempre hay que decir la verdad. Pero no lo dicen en serio porque no se te permite decirle a los viejos que son viejos y no se te permite decirle a la gente que huele raro o a un adulto que se ha tirado un pedo. Y no se te permite decir a alguien «No me gustas» a menos que esa persona haya sido muy mala contigo.

<sup>7</sup> Cosas estúpidas son cosas como vaciar un frasco de mantequilla de cacahuete en la mesa de la cocina y esparcirla con un cuchillo para que cubra toda la mesa hasta los bordes, o quemar cosas en los fogones para ver qué les pasa, como mis zapatos o papel de plata o azúcar.

- O.** Pegar a otras personas.
- P.** Odiar Francia.
- Q.** Conducir el coche de Madre<sup>8</sup>.
- R.** Ponerme furioso cuando alguien ha movido los muebles<sup>9</sup>.

A veces esas cosas ponían a Madre y Padre realmente furiosos y me gritaban a mí o se gritaban el uno al otro. A veces Padre decía « Christopher, si no te comportas como es debido te juro que te voy a moler a palos», o Madre me decía «Dios santo, Christopher, de verdad que me estoy planteando internarte», o Madre me decía «Vas a llevarme a la tumba antes de hora».

---

<sup>8</sup> Eso sólo lo hice una vez. Le cogí las llaves cuando ella había ido a la ciudad en autobús, y yo nunca había conducido antes un coche y tenía 8 años y 5 meses, así que lo estampé contra la pared, y el coche ya no está allí porque Madre está muerta.

<sup>9</sup> Está permitido mover las sillas y la mesa de la cocina porque eso es distinto, pero me hace sentir mareado y enfermo que alguien mueva el sofá y las sillas en la sala de estar o en el comedor. Madre solía hacerlo cuando pasaba el aspirador, así que yo hacía un plano especial de dónde se suponía que tenían que estar todos los muebles y tomaba medidas y luego volvía a ponerlo todo en el sitio correcto y entonces me sentía mejor. Pero desde que Madre murió, Padre no ha aspirado nunca, y a mí me parece bien. La señora Shears vino a pasar el aspirador una vez, pero yo me puse a gemir y ella le gritó a Padre y nunca más volvió a intentarlo.